

No vengo a sustituir a Enrique Fontanills. "Fonta" es insustituible. Durante cuarenta años fué su crónica el reflejo diario de las actividades de nuestra sociedad. Cuarenta años de identificación con esta sociedad que lo amaba sinceramente formaron el nudo que acaba de cortar la muerte dejando un vacío imposible de llenar.

Fontanills, que hace tiempo celebró sus bodas de plata con la sociedad habanera, no anduvo lejos de celebrar las de oro. Fueron estos largos años de crónicas amenas, atenciones delicadas y frases amables generosamente prodigadas las que cimentaron el profundo vínculo que existía entre él y "su élite".

Durante cuarenta años supo encontrar el adjetivo acertado que hizo latir con fuerza el corazón de la "debutante"; el elogio fino y halagador para nuestras damas jóvenes; la frase galana y pulida que agradecían nuestras matronas y más tarde la sencilla y atinada con que sabía conmover el corazón de los deudos de las familias heridas por la fatídica hoz.

Fonta era sincero en sus condolencias; tenía que serlo. Con los desaparecidos se evocaban sus recuerdos reavivando afectos y simpatías, que se traducían en aquellas frases delicadas que tantas veces nos conmovieron.

El artífice del marco de oro y de la pantalla rosa en que se miraba reflejada la sociedad habanera influyó poderosamente en nuestra vida, usos y costumbres. Poseedor del mágico espejo en que tantos se afanaban por contemplarse, más o menos agrandados o idealizados, lo mantuvo ante el público pesando en las actitudes y modalidades de quienes no querían presentarse ante el mismo desprevénida ni abandonadamente.

¡Cuántos éxitos se deben a sus crónicas y al juicio ajeno formado por la lectura de las mismas!

Fontanills fué pródigo en estos bienes. Cada mañana los vertía a raudales sobre lo que él llamaba nuestra "high life".

Fiestas, bailes, bodas, bautizos, honores y todos los acontecimientos por los cuales se echan a volar las campanas no tienen otro objeto que hacerlas repicar para que sean oídas.

Fonta era el campanero máximo, y hay que convenir en que la música de sus campanas hería el tímpano de nuestro mundo con notas deleitables y deseadas.

No tengo la presunción de sustituir a Fontanills; no puedo, nadie podría. El retablo seguirá funcionando, pero la cortina ha caído definitivamente sobre la pantalla rosa, y mis fuerzas son escasas para mover los grandes resortes que él manejaba con gracia fácil. Creo que ya nadie los moverá como él viejo maestro, ni serían oídas con la unción y el amor que le dedicaron sus devotos. Sólo el eco de sus notas nos llegará del pasado con el recuerdo del gran amigo afectuoso y jovial.

Sus virtudes fueron muchas. María Radelat su viuda, las llora hoy pérdidas; pero en esta pena no se encuentra sola, la acompañamos sus innumerables amigos.

Espero de los lectores del DIARIO la benevolencia necesaria para quien, como yo, la necesita. No vengo a la crónica nimbado por ninguna ejecutoria periodística, sino por la bondad del Director de este periódico centenario que, por lo que se ve, ha querido con este nombramiento confirmar su fama de hombre paradójico e incomprensible.

Pido, pues, benevolencia de quienes por formar parte de una sociedad naturalmente bondadosa sospecho que no han de negármela.

Benevolencia y colaboración. ¿Acaso en una actividad como ésta el cronista es algo más que el que redacta informaciones que el mismo público le proporciona?

Con ambos supuestos: el de la benevolencia y el de la colaboración que ha de prestarme el público, iniciaré la difícil tarea que se me ha encomendado en este periódico ilustre.

Por ambas, mi anticipada gratitud, y para mis compañeros de crónica social mis afectuosos saludos.

EDEL FARRES.